ARTÍCULOS

A LA MADRE DE DIOS DE BEGOÑA EN SU CORONACIÓN CANÓNICA.

¡Salve! entonan los angélicos espíritus en en la admirable región de la gloria; *Salve,* dicen los coros de vírgenes y mártires y las almas que gozan de la presencia augusta del Creador de cielos y tierra, contemplando á la Doncella de Judá elevada á los más extremados grados de la celeste majestad; *Salve,* repiten las muchedumbres de fieles que, absortos ante la majestuosa dulzura de la que se complace en que la llamen Madre, se prosternan ante sus altares, llenos de fe, henchido el corazón de gratitud y gozosos de que la Reina de los cielos se digne escuchar sus cánticos de respetuoso amor, *Salve,* gritan hasta los descreídos, cuando, crujiendo sobre sus cabezas las amenazas del Padre Eterno, sienten frío en el alma y terror en el corazón por el justo castigo que les amaga.

¿Por qué todos, creyentes é ingratos, hombres y ángeles, prorrumpen en esa aclamación tan cariñosa y humilde? ¿Por qué brota, respetuosa y unánime esta hermosa salutación, reflejo de sentimientos que arraigan en el fondo de las almas? Vos lo sabéis perfectamente, Virgen purísima y Madre cariñosa. Vos, que desde las alturas celestes os ocupáis en derramar bondades, velar por nuestros hijos, protegerlos y ampararlos en sus necesidades, podéis apreciar el móvil que impulsa á las pobres criaturas á aclamaros y ensalzaros con afecto íntimo, si, pero que no llega á reflejar el que Vos os dignáis dispensar á los hombres.

Bien quisiera, Madre purísima, saber cantar vuestras glorias y expresaros la alegría con que vuestros hijos os ciñen hoy esta corona, que sella su amor, proclamándoos Reina de los corazones, y en el himno del alma unir en estrecho y perfecto haz las alabanzas á la Madre de Dios con la gratitud á la excelsa Protectora de pueblos y criaturas. Mas ¿quién puede remontar el vuelo hasta penetrar con el corazón en la expléndida mansión en que moráis, reflejando la gloria que os circunda, y expresar el reconocimiento á tantas bondades?

Es, empero tan suave el resplandor que despide vuestra grandeza; atraéis de modo tal á cuantos tienen la dicha de admiraros, que si el alma, asombrada ante la magnificencia celestial que os rodea, no acierta con palabras que expresen su gozo, puede el corazón, respirando la purísima atmósfera que os rodea, expresaros su amor en frases que revelan respeto al par que reconocimiento profundo.

Dejad, pues, que en día tan solemne para cuantos en Vos hallan su consuelo, cante en loor vuestro, para que, resaltando en lo íntimo de nuestro afecto, conozcáis, Señora, el gozo que inunda nuestras almas.

¡Bendita seáis, Madre del amor hermoso! Al ofreceros este pueblo, siempre vuestro, esa corona, símbolo de potestad suprema, quiere expresaros su veneración á la vez que os rinde pleitesía filial.

¡Salve, Reina adorada! exclaman cuantos, gozando dichas inefables, llegan hoy á vuestras plantas con las ofrendas de corazones agradecidos.

¡Virgen Santa de Begoña! postrados á vuestras plantas os rogamos no ceséis en esa admirable protección, que, si cuadra perfectamente con los elevados sentimientos de vuestra innata bondad, constituye la más hermosa de las esperanzas de los que acá en la tierra ponemos en Vos toda nuestra confianza.

¡Te Deum laudamus! Sí, al aclamaros por Reina y Señora, recordamos que el Señor tiene con Vos todas sus delicias y que ante Él debemos doblar la rodilla para expresarle todo el respeto que nos inspira su omnipotencia y agradecerle del fondo del alma las dignidades y honores de que rodea vuestra humilde grandeza.

¡Gracias, mil veces gracias, Virgen Madre de Dios y de los hombres! Al acoger nuestras plegarias y aceptar el obsequio con que en nuestra pobreza queremos significar la sumisión de nuestras almas, os mostráis generosa hasta lo indecible, bondadosa cual la misma caridad y más afable que la más cariñosa de las madres. ¿Cómo pagaros, Señora, pruebas tales de cariño?

Si la gratitud puede ser demostración de lealtad en los sentimientos, os juramos, Madre amada, seros siempre fieles y siempre reconocidos, nunca ingratos, nunca descreídos.

Por eso, hoy, al coronaros por Reina de este noble solar, nos entregamos á Vos; y para tributaros homenaje más expresivo aún, inclinamos la frente tocando al suelo; y no lo hacemos sólo por humildad, no: es que sabemos que llevando el corazón limpio y henchido de respeto, hacéis Vos que el suelo se eleve tanto, tanto, que sirviendo de pedestal á vuestro trono de gloria, nos permita deciros, contemplando vuestro mágico y admirable rostro: *¡Viva la Madre de Dios de Begoña!*

Arístides de Artiñano.

MARÍA CORONADA. — Sois estrella maravillosa, cuyos límpidos fulgores nos guían y salvan en los peligros: Madre, Os desveláis afectuosa por el bienestar de las criaturas: Reina, las amparáis decidida y protegéis con energía: Virgen, Madre y Reina, conjunto admirable, ya que no asombro, delicia del mismo Dios, brilláis en ese mágico trono de gloria con resplandores que encantan por su dulzura, atraen por lo benéficos y subyugan por la caridad. Humilde en esta tierra, hasta llegar al heroismo de la modestia, el Señor os hizo grande, hasta casi igualaros á su omnipotencia: pobre aquí, disponéis desde el Cielo de riquezas tales, que la imaginación enloquece al querer comprenderlas; pasásteis casi desconocida por el mundo, que ni se dignó fijar una mirada en Vos, y ahora vuestro Hijo hace que ese mundo se humille atónito y deslumbrado ante la grandeza suprema, ante la dignidad ideal que el mismo Cielo admira. Más pura que el lindo lirio, hermosa cual delicada flor, cuyos pétalos titilan bajo la gota del rocío; majestuosa matrona, cuya sonrisa encanta; si sois, Virgen Santa, alegría de los Ángeles, que os obsequian con himnos de amor, también los hombres anhelan elevaros plegarias del corazón, rendiros homenaje de sumisión y expresaros en forma ruda, si queréis, pero sincera, todo el respeto, la gratitud intensa que en el alma anida, y que nace cual manantial que rompe la corteza que lo oculta.

La bondad innata en Vos; el amor entrañable con que Os reveláis Madre cariñosa; la solicitud, siempre creciente, con que escucháis los ruegos de los fieles, y esa sonrisa, que jamás desaparece de vuestro agraciado semblante, nos prometen, excelsa Señora, el ser acogidos con la afabilifiad propia, de la que siendo Reina, sólo goza en que la invoquen como Madre. Y si el hijo amante de la que le dió el ser, jamás se sacia al acumular honores, gratitud y amor, ¿estrañaréis, Madre amabilísima, que vuestros hijos, no satisfechos con manifestaciones diarias de especial afecto, juzgando pobres los testimonios de adhesión y respeto que os prodigan incesantemente, quieran tributaros el honor más elevado, rendiros la prueba más insigne de sumisión, que acá en la tierra pueda otorgarse al más poderoso entre los grandes? ¡Ah! Si el deseo alcanzara á donde aspira, no sería, no, una Corona de oro, reflejo de soberanía, lo que os ofreciera este pueblo, leal entre los leales, como señal de vasallaje; con sangre de sus venas formaría un trono, alzaría un dosel con púrpura de sus corazones y revestido el todo con el aliento de sus almas, Os invitaría á sentaros en ese Solio, vida de su vida, para proclamaros y aclamaros cual á su Soberana más querida.

Más ya que no le sea dable realizar la aspiración de su alma, que vive en Vos y para Vos quiere *Virgen de Begoña*, mostraros la intensidad de su cariño y os dedica esa regia joya, símbolo de autoridad, para que al orlar con ella vuestra inmaculada frente, quedéis constituída de derecho, como ya lo sóis de hecho, en la Reina indiscutible de sus sumisos corazones.

Aceptad el obsequio, Augusta Patrona de este noble Solar; acoged el voto unánime de vuestros hijos; ceñid, ceñid, *Madre de Dios de Begoña*, la corona que os dedica este religioso pueblo; no temas, no, le cieguen los rayos de luz de sus hermosas piedras, porque sabe que el resplandor bellísimo de vuestro plácido rostro hace palidecer el brillo de los diamantes, y que una sonrisa vuestra vale millones de veces más que todos los destellos juntos de cuantas riquezas pudieran amontonar los ricos del mundo.

¡Y cómo no, si estás vestida del sol, si las estrellas tienen á gala circundar vuestra purísima sien, y la luna plácidamente acostada á vuestros pies, se considera feliz de serviros de pedestal! ¿Qué valen y significan todas las grandezas, los honores todos de la tierra, al lado de la magnificencia de que os rodea vuestro sacratísimo Hijo? Polvo son, miseria, nada. Considerad, empero que os otorgamos cuanto poseemos; ¿porque sea humilde el presente, revele pobreza y apenas si merezca mención, reusaréis acoger la ofrenda? Seguros estamos de que la aceptáis; nos lo dice vuestra bondad, lo proclama vuestro cariño y nos lo garantiza el que acogéis siempre con aprecio el óvolo del pobre, quizá porque proviniendo del humilde pueblo, veis en ello la expresión del leal y sincero respeto, efluvio de corazones que os pertenecen por entero.

Reinad, Virgen Santísima; reinad sobre nosotros; reinad sobre Vizcaya, la tierra agradecida, que se rinde á vuestras plantas, como la hija se acoge en el regazo de su Madre; reinad, sí, que esa Corona, que hoy os dedicamos, no es el vano regalo de hipócrita afecto; es, y en este concepto lo hacemos, la expresión elocuente, símbolo fiel de la sumisión incondicional, del amor respetuoso, de la veneración profunda que aquí se os profesa, y si los súbditos prestan juramento de fidelidad á sus señores, vuestros hijos, al ceñiros hoy la diadema de Emperatríz celestial, os juran, *Madre de Dios de Begoña*, vivir y morir proclamándoos su amparo, buscando consuelos en vuestras misericordias, y sirviéndoos siempre con la lealtad característica de este País.

Permitid, pues, Señora que vuestros vasallos griten con entusiasmo del alma,

¡Viva la *Madre de Dios de Begoña!*

¡Viva la Reina celestial de Vizcaya!

Arístides de Artiñano.